

Para conseguirlo, me dirijo a los médicos y a los maridos».
—R. Z. E.

 <https://doi.org/10.29393/At167-109NPHE10109>

HISTORIA DE LA ENSEÑANZA EN CHILE, por *Amanda Labarca*

Un libro articulado sobre el proceso educacional chileno no existía. Su falta no sólo la echaba de menos el profesor y estudiante de pedagogía, sino toda persona culta que deseara tener una imagen íntegra de la enseñanza nacional.

Es sobremanera curioso que el chileno, que tiene tan fuerte vocación histórica, no cultivase en forma orgánica ni general esta rama de la historiografía. En efecto, según dice la autora en las páginas liminares, la documentación de las faenas didácticas es escasa y está dispersa en publicaciones de difícil y molesta consulta.

La tarea que ha realizado Amanda Labarca tiene, pues, no sólo el valor de una visión sintética, sino el de una revivificación de datos dispersos y semi olvidados. En este sentido el trabajo de la infatigable e inteligente autora adquiere el rango de la verdadera originalidad, puesto que ha animado con el soplo de su talento toda la historia de la educación chilena.

El libro se inicia con el primer vagido, por así decirlo, de la enseñanza colonial. Este último rincón terrestre tuvo comienzos harto pobres. El mantenimiento de su conquista fué un gasto constante para la Corte española. Hubo hasta el propósito de abandonar la colonización. No compensaban tantos sacrificios con tan pocos beneficios.

Chile ha sido y es un país sin dinero para su enseñanza. Desde la Colonia hasta hoy jamás ha podido darse el lujo espiritual de gastar con holgura para la educación pública. No hay fondos suficientes para las actividades didácticas. Esta es la triste historia económica de la enseñanza nacional. «La penuria—

dice la autora en página 24—de las industrias y los oficios corría paralela con la ausencia de las letras».

El libro sigue su desarrollo con claridad e interés. La autora es una apasionada—con sana y santa pasión—de las investigaciones didácticas. Sus páginas son, sin exagerar, iluminadoras. El período de 1810 a 1842, tan oscuro en los libros de historia chilena, se aclara a través de las lucubraciones de Amanda Larca.

En la época de la iniciación de una nueva nacionalidad, con nuevos propósitos, con nuevos ideales. Pero los primeros pasos son siempre difíciles: obstáculos de orden político, social, económico se oponen, con dureza y pertinacia, en el camino del naciente país.

Desde 1833 el Estado chileno empieza a moverse con lentitud, pero con continuidad sólo interrumpida por las revoluciones y las guerras, como lo observa con justeza la autora. He aquí dos hechos sociales enemigos de la enseñanza: la revolución y la guerra. Son, pues, sucesos que no deben ser olvidados, no solamente por su secuela de dolor, sino por la pausa que producen en la marcha hacia un estado colectivo más eficiente, más benéfico.

Viene después la década de Bulnes: 1841-1851, tan fértil para la enseñanza. Acompaña a ese mandatario, en la cartera de Instrucción Pública, tal vez el más grande de los estadistas chilenos en esta rama de la Administración, Manuel Montt. En esta parte de la obra, que glosa, hay un magnífico paralelo entre Bello y Sarmiento. Dice a la letra en la pág. 103: «Sin duda, fué un designio afortunado para Chile el que movió desde tan apartadas comarcas a Bello y Sarmiento, permitiendo que tangenciaran su trayectoria en la ciudad de Santiago. ¡Tan diversos en su modalidad, en su carácter, en su mundo de esperanzas! Bello es el erudito por excelencia; hombre de gabinete y de libros, señor del pensamiento antes que soldado de cualquier causa. Burócrata por necesidad en sus primeros años, continuó siendo un servidor fiel y magnífico de los gobiernos liberales de Vene-

zuela; más tarde, de los pelucones de Chile. En cambio, Sarmiento fué un rebelde, un luchador, un auto-didacta, un hijo del pueblo. Su primer viaje a Chile, apenas de 20 años, era ya una escapatoria al régimen político argentino. Después franqueó la cordillera como desterrado. Mucho más hombre de acción que Bello, con visión política infinitamente más clara del porvenir de estos países, Sarmiento luchaba por erigir la educación primaria común en garantía de orden y progreso futuros. Bello aspiraba a formar, para regirlos, una *élite* aristocrática, si no de sangre, distinguida por su cultura. Para Bello, el problema era enseñar a gobernar masas lentamente extraídas de su primitiva incultura; para Sarmiento, era elevar rápidamente esas masas a la categoría de ciudadanos de una república en marcha.

Esto es intuición creadora de escritor, escritor que no sólo maneja ideas, sino que posee un estilo personal, claro, eficaz; porque ilustra con sagacidad las figuras de aquellos dos patricios de la cultura sudamericana.

Es, repito, el decenio en que se estructura casi todo el sistema nacional. Más tarde ha crecido, ha sido perfeccionado; pero fué por esos entonces cuando se echaron las bases. En efecto, la ley de 1842 organizó toda la enseñanza hasta 1860, fecha en que se perfeccionó hasta 1879, año en que se reorganizó hasta 1928, fecha de una ambiciosa reforma que no alcanzó a dar frutos, porque siguió un corto, pero alucinatorio período de reformismo docente.

En el libro de Amanda Labarca se estudia todo el desarrollo de la enseñanza. No es posible seguir, hoja por hoja, sus substanciosos pormenores. Conviene advertir, desde luego, que leyendo este libro, se despiertan tantas asociaciones mentales que viene a resultar una historia, no sólo de la enseñanza, sino de toda la vida espiritual de Chile. Y no puede ser de otro modo, puesto que en los países nuevos la enseñanza ha precedido a otros movimientos de índole cultural. En otras palabras, lo didáctico condiciona, en cierto modo, lo socio-espiritual.

Páginas de historia objetiva y razonadora, son las que la escritora dedica a la gestión ministerial del grande historiador chileno Miguel Luis Amunátegui, el primer estadista nacional que comprendió, en todo su alcance humano y social, la importancia de la educación de la mujer.

De gran valor son los capítulos en que historia las figuras egregias de la enseñanza como fueron Diego Barros Arana, Valentín Letelier, José Abelardo Núñez y la fundación del Instituto Pedagógico. Hombres e instituciones tienen en Amanda Labarca a un justo juez que pesa y piensa con exactitud y claridad.

En la última parte del libro el análisis de la enseñanza, se hace más vivo y directo, sin duda, porque en esos años la autora fué, más que la eficiente profesora, la espectadora de un período bien intencionado, pero infecundo.

En esa parte de su obra se lee un juicio justo y merecido para el profesorado chileno que no ha recibido nunca, de ningún Gobierno ni del medio social el aprecio, la justicia, la dignidad a que es por tantos motivos acreedor. Dice en la pág. 264: «Precisa, al recordar estos años, rendir un homenaje a la maestra y al profesor ignorados, a los que lejos del favoritismo político, en la aldea, en la hacienda lejana, en las salas del liceo, continuaron la humilde labor cotidiana tan puntualmente, con tanta conciencia de su responsabilidad, tan afanosamente, como si la máquina administrativa no hubiese estado deshecha. El temblor continuo de las reformas, no alteraba la atmósfera de su aula modesta, donde convivían con sus niños, si no ilusionados, por lo menos en la paz que da la satisfacción del deber cumplido. Gracias a ellos, que eran sus células fundamentales, la estructura docente no se derrumbó entonces con fragor estrepitoso».

Amanda Labarca, Exdirectora General de Enseñanza Secundaria, empieza a hacer justicia al magisterio nacional. Ojalá su ejemplo sea imitado por los actuales gobernantes. El profesorado merece mejor suerte que la que hasta hoy ha tenido.

El porvenir tiene que reparar los errores del pasado. Esa es su más alta, más pura, más noble función.

Después de historiar, con admirable competencia, todo el desarrollo de la disdascalia chilena, la autora llega a sus conclusiones, conclusiones necesariamente subjetivas. Comparto con ella, sin embargo, esa página llena de emoción literaria y de sinceridad magisterial.

... e aquí su esencia a pág. 359: «Mi impresión al terminar este bosquejo, es que el desenvolvimiento de la enseñanza pública en nuestro país significa un esfuerzo formidable de una *minoría culta* para esparcir los beneficios de la educación a círculos cada vez más amplios. Digo de una minoría culta y no de la clase gobernante ni del pueblo, porque a ella le ha faltado, por muchas décadas, el íntimo convencimiento de que la escuela fuese indispensable al progreso del país, a la solidez de sus instituciones democráticas y a su expansión económica, y las masas, en su vegetar ignorante, no han sentido tampoco su anhelo de adelantar su cultura».

Y así es la pura verdad. La educación ha crecido a pesar de la indiferencia de los Gobiernos y de la ignorancia del pueblo. Ha prosperado porque tiene un magisterio, en general, idóneo y heroico.

Nunca Chile ha tenido el dinero necesario, como dije al principio, para la enseñanza. Sin embargo, una prolija revisión del presupuesto actual permitiría, sin duda, un empleo más adecuado de esos dineros, en asunto, en gran parte, de organización en los gustos para conseguir mayores rendimientos educacionales.

En resumen, el libro de Amanda Labarca H. es excelente por su exposición objetiva y veraz, por los gráficos y anexos que lo ilustran y por el contenido organizado de sus temas.

Por último, es una obra que no sólo honra a su autora y a la Universidad de Chile que la ha editado, sino a su Rector, Juvenal Hernández, quien ha sabido dar a la Institución el ritmo de los

tiempos que se viven y sobreviven en los espacios de la historia nacional.—NORBERTO PINILLA.



CALIFORNIA, por *Santiago del Campo*

Esta comedia en tres actos con prólogo del gran dramaturgo español Jacinto Grau, puede decirse que es la obra de un niño. No porque California carezca de méritos sino por los años que cuenta el autor. Los críticos y comentaristas generalmente denominan como jóvenes a escritores de treinta a cuarenta años. En este sentido Santiago del Campo es un niño. Para hablar de su obra hay que decir que cuenta sólo 22 años. Pero su madurez artística puede verse en la creación de California. Esta obra nos da la impresión de un dominio absoluto tanto en el léxico como en la escenografía teatral. Es una obra de madurez por las ideas que sostiene, por lo humano y valor artístico. Es un verdadero triunfo para Santiago del Campo y lo es también para el Teatro Nacional.

Del Campo es bastante conocido por sus cuentos, ensayos y poesías, pero especialmente lo es dentro del teatro por su comedia Paisaje en Destierro, con que obtuvo calurosos elogios en la prensa y aplausos entusiastas en la representación de la comedia. No hay que olvidar que obtuvo con Paisaje en Destierro el primer premio del Teatro Nacional en 1937. Si fué un triunfo su primera comedia, con California logra la consagración, ubicándose entre los mejores autores dramáticos de Chile.

La evolución de la literatura chilena no está sólo en la poesía, cuento y novela, sino también en las obras teatrales. Si no son obras de vanguardia, pertenecen a un teatro nuevo, contemporáneo, actual. Santiago del Campo ha logrado colocarse con California y Paisaje en Destierro entre los autores jóvenes en un lugar espectable y de admiración.